

**GANADOR I PREMIO INTERNACIONAL DE POESÍA JAIME GIL DE BIEDMA
Y ALBA.**

Autor: Pedro Flores, Las Palmas de Gran Canaria (1.968); cultiva una poesía narrativa e irónica, donde no faltan ni el culturalismo común a sus contemporáneos españoles ni un rico sentido del humor.

Es autor de *Simple Condicional* (Las Palmas, 1994), *Memorial del olvido* (El Museo Canario, 1996), *La vida en ello* (Fuerteventura, 1997), *El complejo ejercicio del delirio* (Las Palmas, 1998), *El ocio fértil* (Madrid, 1998), *Nunca prendimos París* (Las Palmas, 1998), *La poética del fakir* (1998), *Diario del hombre lobo* (2000) y *Treinta maneras de volver a Ítaca* (2003).

Título: "Poema de Eva en diez tiempos"

I

Lo primero que vieron mis ojos
fue el crisol de todos los fulgores.

Mis oídos fueron inaugurados
por el canto unánime de las garzas.

A un aroma de flores que naufragan
sucedió el olor de un musgo de manzanas.

Todo era melodioso y sereno,
hasta que reparé en aquella atónita,
huérfana criatura
y supe que las cosas
no serían tan fáciles.

II

Hemos aprendido a amarnos
mirando el cortejo de los ciervos,
la algarabía de los monos,
el éxtasis de las arañas.

El oído lo aprendimos de Dios.

III

Mientras él duerme
me sumerjo en medio del río
y muerdo con saña mi piel

Pero la sangre no mana
Y además no importa;
las pirañas comen lodo.

IV

La cola vertiginosa del pavo real.
El satinado lomo de la nutria.
Las tonalidades extremas del tucán.
El galimatías de la luz a través del tire.
Escarabajos como esmeraldas andantes.
El cuerno imposible del narval.

En verdad son hermosas tus criaturas.
Cada una un destello de locura
en el infinito erial de los espacios.
Pero nosotros estamos hechos a tu imagen,
a tu semejanza de arquitecto austero;
descoloridos, desplumados, descrestados,
trazados cuando se terminaron los colores
y se agotaron todos los caprichos.
Quizás sólo hijos del cansancio.

V

Sólo una vez estuvo con nosotros;
se había puesto su túnica escarlata
y nos llevó al mejor de los parajes.
Dispuso una luz irrepetible
y me tomó paternal de la mano
mientras a su diestra Adán
lamía con los ojos los destellos de su gloria.

Fue cuando supimos de alguien llamado
Hieronymus van Aecken.

VI

Hoy es el día:
lo hemos planeado todo hasta el detalle.

La fruta sagrada brilla en mi mano.

Por el árbol se desanuda, asustada,
una serpiente.

VII

Muerdo.

Mi curiosidad y mis dientes
Crean esta leyenda antigua.

Crean a Dios.

VIII

Me rogó aterrorizado:
“diremos que yo no sabía nada,
que yo dormía a la sombra del antílope”

Fue la primera vez que mentí en su nombre.

Lo demás son unas mujeres que se abrasan
un lejano invierno en Chicago.

IX

Caminamos sin mirar atrás.

Mi vientre ha comenzado a abultarse.

El resplandor incandescente de una espada
nos señala el sendero que lleva al dolor,
al desamparo, a la muerte.

Mi hijo nacerá libre.

X

Mentiría si dijera que no hay días
En que añoro la simpleza del pasado;
la generosidad de las palmeras
en las tardes sin más obligación
que explotar los manglares del deseo.

Cierto tramo de un bosque
donde el presentimiento de la música
formaba con el crepúsculo el ángulo de la dicha.

Luego miro a mis hijos,
que juegan en el campo
con peladas quijadas de asno,
a este hombre que es único
sólo porque es el único.

Si hubiera espejos en mi casa
ellos advertirían la leve sonrisa
que está naciéndole a mi rostro.